

Patrick Wallis

The market for skill: apprenticeship and economic growth in early modern England.

PRINCETON (NJ), PRINCETON UNIVERSITY PRESS, 2025. 480 PP. ISBN: 9780691265315

En la última década se ha producido una verdadera transformación en el conocimiento del aprendizaje artesano de la Edad Moderna. Inglaterra va a la cabeza de este cambio, de manera que es posible bosquejar unas características básicas para su aprendizaje artesano e incluso vislumbrar un modelo específico de instrucción laboral en esa área geográfica. Esto es lo que nos ofrece el libro de Patrick Wallis, autor que ha sintetizado de forma brillante los rasgos del sistema inglés de aprendizaje artesano.

El primer rasgo a destacar tiene que ver con el carácter unicéntrico del aprendizaje inglés. Londres fue el epicentro del aprendizaje inglés: hacia fines del siglo XVI, el grueso de los aprendices urbanos ingleses se concentraba en Londres –casi el 80%, o 3.500 de los casi 4.500 jóvenes que comenzaban su aprendizaje cada año en Inglaterra–, convirtiendo a la ciudad en un Leviatán. Si un muchacho quería aprender un oficio artesano tenía que hacerlo en Londres, ciudad construida sobre aprendices, y, sobre todo, aprendices migrantes (de largas distancias en los siglos XVI y XVII). Este papel de Londres solo decayó en

el siglo XVIII, cuando Boston, Bristol, Gloucester o Kingston comenzaron a suministrar un número importante de aprendices.

La «ley de Londres», o tanto como decir la legislación inglesa sobre el aprendizaje, tenía el respaldo de una normativa a nivel nacional. El «Estatuto de los artesanos» de 1563 –vigente hasta 1814– convirtió el servicio de un aprendizaje en un requisito legal para aquellos que trabajaban en los oficios artesanos; creó el marco nacional para la capacitación en ocupaciones no agrarias; fijó un largo tiempo de siete años para completar el periodo de aprendizaje, pero su aplicación fue muy flexible y permitió a muchos aprendices salir antes de acabar el contrato. Además, el estado inglés creó un derecho exclusivo al trabajo cualificado para quienes completaran sus aprendizajes, brindando un claro incentivo nacional para la capacitación; estableció un precio alto para la instrucción al implantar un período mínimo y prolongado para los contratos; e instituyó un tribunal para los conflictos maestro-aprendiz, otorgando la supervisión de los acuerdos a los jueces de paz.

Una de las aportaciones más importantes de Wallis es constatar que los gremios no desempeñaron un papel importante en el aprendizaje, de manera que la instrucción recibida fuera de los gremios y en las familias tuvo mucho más peso en la transmisión del conocimiento. Además, los registros gremiales revelan la ausencia corporativa de seguimiento del aprendizaje y la nula injerencia gremial en la resolución de las disputas sobre los aprendices. Las instituciones que supervisaban el aprendizaje eran los tribunales y los ayuntamientos. La facilidad de salir del aprendizaje que permitía este marco institucional redujo el riesgo de ingresar y pagar por un aprendizaje.

En teoría, el sistema inglés de aprendizaje era relativamente restrictivo. No en vano, las normas nacionales fijadas por el Parlamento en el «Estatuto de los artesanos» limitaban el aprendizaje a los hijos de padres que tenían una determinada propiedad y riqueza. Pero en la práctica el aprendizaje no contaba con barreras significativas de entrada más allá de la nacionalidad (los aprendices debían haber nacido en los dominios del rey de Inglaterra, lo que aisló al país de jóvenes del continente y Escocia); el sexo (no había leyes que prohibiesen el aprendizaje femenino, pero hubo 20 veces menos aprendizas que aprendices); y la exclusión de ciertos colectivos por cuestiones religiosas y raciales. Era también un sistema que desde 1530 imponía tasas de entrada al aprendizaje relativamente bajas, sobre todo, si se comparan con lo exigido en otras urbes de Europa.

La mayoría de los jóvenes concentraron su instrucción en un puñado de maestros. En Londres, más de la mitad de los aprendices fueron formados por una quinta parte de maestros (los que tomaron más de cinco

aprendices); y más de una cuarta parte lo fueron por un 7% de maestros que tomaron diez o más. Estos no eran ni especialistas en formación ni empresarios que buscaban aprendices para explotarlos como mano de obra barata. Eran los que ocupaban cargos en sus gremios o ciudades; los que acumulaban mayores riquezas; y los que mejor entendían su oficio. Eran los maestros más productivos y creativos, pues muchos estaban tras nuevas técnicas y tecnologías. Éxito y aprendizaje iban de la mano en el caso de estos maestros. Esto explica que un buen número de muchachos o sus familias estuviesen dispuestos a pagarles un premio por la instrucción –premio que no estaba regulado–, razón por la que un importante flujo de rentas pasó del campo a los bolsillos de maestros artesanos de Londres. Hacia 1710, el 34% de los aprendices que pagaban este premio lo hacían a maestros de Londres. Este premio era una barrera para los aprendices con menos recursos; máxime cuando sabemos que en Inglaterra la retribución a los aprendices comenzó a menguar en el siglo XVIII.

Este hallazgo del *skill premium* es importante, pues en Inglaterra los pagos de los maestros a los aprendices en forma de vestuario, moneda y herramientas al final del aprendizaje disminuyeron desde 1600, y por contra, en muchos oficios se había generalizado el pago al maestro. En suma, muchos maestros ingleses recibían un ingreso extra por la vía de especializarse en adiestrar aprendices.

Aunque los orígenes sociales de los aprendices fueron cambiando entre los siglos XVI y XVIII, el sistema de aprendizaje cubría un espectro social amplio. Wallis destaca tres tendencias en las comunidades urbanas: el descenso del número de aprendices proce-

dentes de familias de agricultores, la creciente importancia de los hijos de familias con vinculación con la industria y los servicios, y el ascenso y posterior caída de los aprendices pertenecientes a los grupos privilegiados. Pero lo relevante es que en la mayoría de las ciudades y pueblos ingleses, la reproducción de los oficios no se hizo de padres a hijos. Que ocho de cada diez aprendices no fuesen hijos de maestros, desdibuja las visiones endotécnicas tantas veces defendidas en el ámbito artesanal. Solo en Londres y hacia 1800, los jóvenes se inclinaron masivamente por la ocupación de sus padres. En suma, los aprendices ingleses procedían de fuera de los oficios de las familias artesanas y cuando lo hacían de estas no se establecían en el mismo oficio que su padre.

Acabar un aprendizaje conllevaba beneficios. Los más apreciados eran el acceso a la ciudadanía y el derecho a trabajar en el lugar donde se habían formado. Con todo, que, en muchos lugares, algo menos del 50% de los aprendices alcanzaran el estatus de ciudadanía, implica que, pese a lo abierto del sistema inglés, había barreras infranqueables para muchos.

Estas son algunas de las aportaciones del excelente libro de Patrick Wallis, autor que ha bosquejado además algunas de las enseñanzas que el aprendizaje de la Edad Moderna ha legado a la formación posterior del capital humano. Esto y mucho más es lo que nos ofrece un libro, que, con un trabajo impresionante de archivo por detrás, nos abre las puertas a debates de calado, futuras comparaciones y a la modelización de sistemas de aprendizaje diferentes en otras áreas europeas.

José Antolín Nieto Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid